COLECCION

DE LAS

MEJORES COMEDIAS

DEL

TEATRO ANTIGUO

Y MODERNO ESPAÑOL.



MADRID:

—

Libreria de D. José Cuesta, calle Mayor, en donde se hallará un surtido de mas de cualro mil títulos del lealro Antiguo Español, y todas las del teatro moderno y un gran número de sainetes, entremeses, unipersonales y piezas en un acto.

Comedias del Teatro antiguo del tamaño de 4º.

Abre el ojo ó aviso á los solteros.
A buen padre mejor hijo.
Anillo de Gijes (tres partes).
Antes que te cases mira lo que haces.
Armas de la hermosura.
Aspides de Cleopatra.
Baron (el).
Boba para los otros y discreta para sí.
Bruto de Babilonia.
Buscona ó el Anzuelo de Fenisa.
Café (el) ó la comedia nueva,
Casarse para vengarse.
Castigo de la miseria.
Cerco de Roma.
Conde de Saldaña (dos partes).
Con quien vengo vengo.
Criado de dos amos.
Dar la vida por su dama,
Defensor de su agravio.
De fuera vendrá quien de casa nos echará.
Delincuente honrado.
Del rey abajo ninguno.
Desdén con el desdén.
Dómine Lucas.
Emperador Alberto.
Fuerza lastimosa.
Garrote mas bien dado.
Genízaro de Hungria.
Hijos de Edipo ó Polinice.
Huerfanita ó lo que son los parientes.
Job de las mugeres Sta. Isabel.
Juramento ante Dios.
Licenciado vidriera.
Lindo D. Diego.
Lo cierto por lo dudoso.
Mayor Mónstruo de celos.
Mágico de Salermo.
Mas ilustre fregona (cinco partes)
Mejor alcalde el rey.
Misantropía y arrepentimiento.
Mónstruo de la fortuna.
Muger de dos maridos.
Negro de mejor amo.
Negro mas prodígioso.
No hay cosa buena por fuerza.
Otelo ó moro de Venecia (trag.)
Pintor finjido.
Por la puente Juana.
Primero es la honra.
Príncipe prodigioso.
Raquel (tragedia).
Reinar despues de morir.
Renegado de Carmona.
Rosario perseguido.
Sábio en su retiro.
Sancho Ortiz de las Roelas.
Secreto á voces.
Señorita mal criada.
Señorito mimado.
Sí de las niñas.
Si una vez llega á querer.
Tercero de su afrenta.
Trampa adelante.
Travesuras son valor.
Triunfo del Ave Maria.
Valiente justiciero.
Ver y creer.
Vida es sueño.
Viejo y la niña.
Zeloso y la tonta.
Acrisolar el dolor.
Convidado de piedra.
Inocencia triunfante.
Mas heróico español.
Mas vale tarde que nunca.
Perder el reino y poder.
Rencor mas inhumano.
Restaurar por deshonor.

LO QUE PUEDE
UN EMPLEO!
COMEDIA
EN PROSA.

ADVERTENCIA.

El vivo deseo de presentar en el teatro á cierta clase de hipócritas políticos, que so color de religion se oponen entre nosotros á las benéficas reformas, me estimuló á emprender, como un mero pasatiempo, la composicion de esta comedia. Primer ensayo mio en tan difícil ramo, proyectada y concluida en el corto espacio de una semana, y sin haber recibido ni correccion ni lima, no puedo lisonjearme de que tenga ningun mérito literario; pero habiendo merecido en el teatro unos aplausos, muy superiores á los que jamás pude prometerme, y habiendo hecho reir á costa de los que, por ignorancia ó por malicia, intentan desacreditar las nuevas instituciones; me he decidido á imprimirla, deseando contribuir de todos modos á que el público conozca á los enemigos de nuestra libertad.

PERSONAS.

DOÑA CARLOTA.
DON TEODORO.
DON LUIS.
DON FABIAN.
DON MELITON.
JUAN.

La escena, una sala de una posada de Alicante, con puertas á varias habitaciones, entre ellas una de Don Fabian y otra de Don Luis.

LO QUE PUEDE
UN EMPLEO!

COMEDIA.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

DON TEODORO Y DOÑA CARLOTA.

DON TEODORO.

¿Y así te vas, Carlota mia?... ¿Sin decirme nada?... ¿Ni una palabra, ni una mirada de amor?

DOÑA CARLOTA.

Deja, déjame, y no aumentes mi pena.

DON TEODORO.

Pero, ¿de dónde puede provenir mudanza tan repentina? ¿En qué ha podido ofenderte quien te ama mas que á su corazon?

DOÑA CARLOTA.

¡Amarme!... ¡Ah! yo lo creia, y era feliz; pero al cabo, me he desengañado, no sé si por mi fortuna ó mi desgracia.

DON TEODORO.

¡No te amo!

DOÑA CARLOTA.

No, no me amas; te lo repetiré mil veces. Quien

no modera, en mi obsequio, la viveza de su carácter; quien por frívolas disputas ha exasperado á mi buen padre hasta el punto de perder su concepto, de que me prohiba todo trato contigo, y hasta la esperanza de ser tuya algun dia...

DON TEODORO.

Pero, ¿qué ha pasado? Aclárame de una vez tantos misterios.

DOÑA CARLOTA.

Nada, nada: anoche, despues de irte, en medio de la acalorada disputa sobre esas malditas ideas liberales, que os han trastornado la cabeza, quedó mi padre suspenso por gran rato, con un semblante tan colérico, cual no le he visto nunca. Yo estaba á alguna distancia sin atreverme á hablarle una palabra, ni á levantar los ojos para mirarle. De pronto se pone en pie, y con una voz terrible y amenazadora: « Hija, me dice, todo se acabó: no hay que pensar mas en boda con Teodoro, si no quieres quitarme la vida: yo le creia un jóven juicioso y moderado, capaz de hacerte feliz; pero ya has visto: sus ideas son las peores del mundo; el trato con esos locos de liberales le ha quitado el juicio, y se ha vuelto un revolucionario... un jacobino.... » ¿Qué sé yo?.... Así.... dijo una porcion de nombres, todos malos... todos malos....

DON TEODORO.

¡Inocente!

DOÑA CARLOTA.

Yo creí que se serenaria, y le hallaria por la mañana vuelto á su natural afabilidad y buen carácter; pero nada de eso: esta mañana se levantó mas colérico y enfadado que anoche, me repitió el sermon en términos mas agrios, y muy agenos del amor que me profesa. No quiero (me dijo) ni aun estar bajo el mismo techo que ese revoltoso afilosofado; ahora mismo voy á buscar otro cuarto, y á mudar-

me, aunque sea á la peor posada de Alicante; y ya que he despachado mis negocios, al primer viento nos vamos á Cádiz, en diferente bu que... No quiero ir ya con ese loco y el iluso de su padre; para siempre acabamos, para siempre...»

DON TEODORO.

¿Y esa es la causa de tu esquivez y enojo para conmigo?

DOÑA CARLOTA.

¿Y te parece corta?... Cuando, despues de haber perdido la mayor parte de nuestros bienes y de abandonar nuestra casa, por no someternos á esos feroces enemigos, prófuga con mi padre, no tenia mas consuelo que ir en tu compañía, partir contigo todos mis peligros, los riesgos y penalida des de la navegacion... y al fin, tener el gusto de llamarme tuya... entonces, entonces, te empeñas en atormentarme, en hacerte aborrecible á los ojos de mi padre, en causar nuestra separacion, y quizá para siempre!...

DON TEODORO.

¿Con que te mudarás á otra posada?

DOÑA CARLOTA.

Si mi padre me lleva...

DON TEODORO.

¿Y te embarcarás en otro buque?

DOÑA CARLOTA.

Si así me lo mandan...

DON TEODORO.

Ya se vé: llegarás á Cádiz probablemente antes que yo... allí habrá tanto jóven, tanto oficialito...

DOÑA CARLOTA.

¡Ah! ¡eso no!... mi padre mandará en mi persona, en mi vida; mas no en mi corazon: ese es siempre tuyo.

DON TEODORO.

¡Carlota de mi alma! (*Estrechándole la mano.*)

Guarda tu amor y tu constancia, que el enojo de tu padre pasará bien presto: es naturalmente bondadoso, y sus defectos nunca nacen de su corazon, sino de los errores de su educacion, de las malas ideas que le han imbuido...

DOÑA CARLOTA.

Es verdad: mi padre es la bondad misma; pero al mismo tiempo, en llegando á tomar una resolucion, es tan constante en ella! Le ha hecho creer don Meliton, que esas ideas liberales traen revuelta á España, y van á arruinar nuestra religion santa... Ya se ve: mi padre con su sencillez cree todo lo que el otro le dice; y como lo juzga tan sabio, y por otra parte, tú te acaloras en las disputas...

DON TEODORO.

Pero, ¿quién ha de tener paciencia, al ver á ese egoista abusar de la credulidad de tu padre, pagarle la hospitalidad y tantos beneficios con llenarle la cabeza de preocupaciones, hasta el punto de hacerle risible para con las gentes sensatas?.... En fin, ya estoy resuelto; es menester tomar un partido y quitarle las ganas á ese hipócrita...

DOÑA CARLOTA.

¿Qué piensas? dímelo; no me ocultes nada.

DON TEODORO.

No causará mas disgustos á la persona que mas amo.

DOÑA CARLOTA.

¡Qué airado te pones! Por tu amor, no me ocultes nada... Mas ¡ah de mí!... alguien viene.. mi padre...

ESCENA II.

Dichos y DON FABIAN.

DON FABIAN.

¿Con que ello, no ha de haber forma de que haga usted lo que su padre le manda? Será menester tomar otras medidas...

DON TEODORO.

Señor, una casualidad...

DON FABIAN.

Con usted no va nada, señor mio; yo reprendo á mi hija, porque soy su padre, y tengo el derecho de hacerlo.

DON TEODORO.

Por si yo era la causa...

DON FABIAN.

La causa á usted no le importa: ¿entra tambien en las ideas liberales, despues de revolver el mundo, revolver las casas de los hombres de bien, y hacer á las hijas inobedientes?

DON TEODORO.

Me parece que no merezco ser insultado.

DON FABIAN.

(A su hija.)

¿Qué espera usted?

DOÑA CARLOTA.

Como estaba usted aquí...

DON FABIAN *(imitando su voz con cólera).*

Como estaba aquí este caballero... Pronto, á su cuarto.

ESCENA III.

DON FABIAN Y DON TEODORO.

DON FABIAN.

En fin, señor mio, es tiempo de hablar claro: ya puede usted olvidarse de que ha conocido á mi hija y á mí; y en no viéndonos ni oyéndonos, tan buenos amigos, cada alma en su palma... ¿Está usted?

DON TEODORO.

¿Y se podrá saber la causa de una mudanza tan repentina, despues de la palabra que dió usted á mi padre?

DON FABIAN.

Su padre de usted la sabrá ahora mismo, y usted tambien: ¿les parecerá que yo me muerdo la lengua? No señor; la causa es muy sencilla, mucho... No quiero casar á mi hija con un liberal, y ver á mi yerno en tablillas.

DON TEODORO.

Usted es muy dueño de su voluntad; pero no de insultarme...

DON FABIAN.

Soy muy dueño de mi casa, de mi hija, y de no casarla con un hombre... Bien, que yo á usted no lo culpo; los pocos años, esos malditos libros modernos, cuatro charlatanes que le han llenado de viento la cabeza... Pero su padre de usted, con cincuenta años á la cola, mucho mundo, y dos baños de corte... y maldito si entiende una palabra... ¡Sobre que está abobado con esas reformas! Yo por mi parte, le compadezco; pero no quiero que ni á mí, ni á mi hija nos coja el carro: yo sé lo que pasa por ahí, y siento nacer la yerba... Sí señor; ya les llegará á los liberales su san Martin; y entonces,

entonces veremos quien ha sido el tonto... Por fin, ustedes harán lo que gusten; y en llegando el trueno gordo... ¡Bomb! consolarse con las filosofías.

ESCENA IV.

DICHOS Y DON MELITON.

DON FABIAN.

¿No es cierto que tengo razon?

DON MELITON.

Yo, la verdad, no he oido lo que usted decia, pero desde luego me atreveré á apoyarlo, confiando en la prudencia de usted...

DON TEODORO.

Y en su mucha bondad en franquear la sopa...

DON FABIAN.

No sea usted insolente, señor mio...

DON MELITON.

Es menester disculpar á estas cabezas acaloradas... El sufrir las desvergüenzas es propio de la moderacion y sabiduría.

DON FABIAN.

Muy cierto.

DON TEODORO.

¡Oh! el miedo es muy prudente.

DON FABIAN.

Déjese usted de bachillerías: nosotros vamos á cortar cuentas para siempre; ahora mismo, ahora mismo... ¡Juan! ¡Juan!

ESCENA V.

Dichos y JUAN.

JUAN

¿Mande usted?

(Fabian lo lleva aparte, y le habla en secreto.)

DON TEODORO *(hablando bajo.)*

Don Meliton, usted parece que se ha empeñado en indisponerme con el señor don Fabian, y en estorbar mi union con su amable hija...

DON MELITON.

Yo... jamás hablo mal del prójimo, ni falto á aquella caridad...

DON TEODORO.

Usted ve que acabo de cumplir veinte y cinco años; que tengo el genio un poco vivo; que amo con locura... ya usted me entenderá; y que en un momento de pasion, si me empieza á hervir la sangre, y el diablo las carga... Como, por otra parte, no he de sufrir que impunemente me priven de lo que mas amo, porque usted abuse de la ignorancia y sencillez de su padre, imbuyéndole unas ideas...

DON MELITON.

Cada cual tiene las que le acomoda; y ustedes, que tanto defienden la libertad de opiniones políticas, no debian ser tan intolerantes.

DON TEODORO.

Usted puede tener cuantas preocupaciones le diere gana, y rebatir las opiniones que crea desacertadas; pero si usa de armas prohibidas, y acusa de impiedad y libertinaje á quien lo confunde con razones; si sigue ese sistema hipócrita, que tanto va cundiendo entre los suyos, y continua inquietando

á dos amantes, que iban á ser dichosos... créame usted; olvidaré mi moderacion.

DON FABIAN *(volviéndose hácia ellos).*

¿Qué es eso?

DON MELITON.

Nada; una mera disputa de literatura, sobre derivacion de unas voces griegas.

DON FABIAN.

(A Juan.)

¿Estás?

JUAN.

Voy corriendo.

DON FABIAN.

Que al instante; que lo estoy esperando... Ahí en la botica inmediata, en el corro de noveleros...

JUAN.

Ya estoy.

DON FABIAN.

Que urge mucho, muchísimo.

ESCENA VI.

Dichos, menos JUAN.

DON FABIAN.

Parece que estaban ustedes un poco acalorados con la disputa.

DON MELITON.

Es resabio que nos ha quedado de las aulas: ¡como allí pueden tanto los pulmones!

DON FABIAN.

¡Ah, señor don Meliton! ¡qué lástima que no ocupe usted una cátedra!

DON MELITON.

Usted me confunde *(pavonéandose)* con elogios que no merezco.

DON FABIAN.

Si todos los que van á las universidades sacaran el fruto que usted!

(Durante este diálogo está echando miradas malignas á Teodoro, que se muestra enfadado é inquieto.)

DON MELITON.

Ya se ve...

DON FABIAN.

Y no, que hay algunos que están por allá una porcion de años, gastan el caudal á sus padres, y vuelven tan ufanos; sin que nunca se les oiga ni una palabra en latin.

DON MELITON.

Cierto.

DON FABIAN.

Como es mas fácil leer cuatro libretes en pasta (que el mas grande cabe en un bolsillo de reloj) que no echarse al cuerpo las Pandectas con la glosa magna...

DON MELITON.

Seguro.

DON FABIAN.

Tienen la fortuna de dar con padres bobalitones, que se cuelan ruedas de molino, y se contentan con cuatro bachillerías á la moderna...

DON MELITON.

¡El amor paternal ciega tanto!

DON FABIAN.

Yo... no me contraigo á nadie... porque cada uno allá se entienda... En echando el cuerpo fuera, y limpiando mi arroyo... salud.

DON MELITON.

Seguramente, la murmuracion es un gran defecto...

(DON TEODORO *con viveza.*)

No tanto como la hipocresía.

DON FABIAN.

Pues, hablando así en general... como iba diciendo, ya no se escriben tantos tomos en folio como antiguamente... pero los jóvenes cada vez mas hinchados.

DON MELITON.

Da lástima el oirlos.

DON FABIAN.

Empeñados en reformar el mundo.

DON MELITON.

Desprecian á los que tratan de desengañarlos.

DON TEODORO.

Señor mio, si tolero las impertinencias del señor don Fabian, porque respeto su buen corazon, y compadezco la candidez de que usted abusa; estoy muy lejos de sufrir las malignas invectivas que usted me dirige. Válgale el hallarse en compañía de un sugeto á quien debo mil consideraciones, y no me exaspere hasta el punto de atropellar todos los respetos. Y usted, señor don Fabian, disponga lo que quiera con respecto á su hija; en la firme inteligencia, de que su corazon es todo mio; y que ni la autoridad de usted, ni todos los obstáculos del mundo, bastarán á estorbar nuestro enlace.

ESCENA VII.

DON FABIAN Y DON MELITON.

DON FABIAN (*riéndose*).

¡Cómo va el pobre hombre!

DON MELITON.

Vea usted lo que son estos liberales; al instante se encienden como una pólvora, y allá va eso... Yo tengo la fortuna de refrenar tanto mi carácter...

DON FABIAN.

Eso es grandeza de alma.

DON MELITON.

Capaz soy de oir dos horas de desvergüenzas, sin salir de mi natural mansedumbre.

DON FABIAN.

Esos liberales son gentes tan levantiscas y mal sufridas!

DON MELITON.

Estoy para decir, que son peores que los franceses....

DON FABIAN.

No, amigo; eso no: ¡ cómo los franceses! eso no: nada malo es capaz de igualarlos.

DON MELITON.

Tiene usted mil razones; y me ha corregido acertadamente: ¡en acordándome yo de que han quitado los beneficios simples!

DON FABIAN.

Yo olvido todo lo mio, que Dios á nadie le falta... pero lo que han hecho con nuestro buen rey, las atrocidades que cometen en los infelices pueblos...

DON MELITON.

Mi renta no era mucha, porque usted sabe que la capellanía estaba tan mal cuidada... Pero al fin, al fin, para pasarlo un hombre decentemente, si no hubiera sido por esos pícaros...

DON FABIAN.

¡ Habiéndolos recibido como amigos, y asolar ellos á la pobre España!

DON MELITON.

Ni un olivo me habrán dejado... dice usted bien: todo asolado, todo; me han dejado por puertas.....

DON FABIAN.

Pagar así la hospitalidad y generosidad española!

DON MELITON.

Yo doy á usted mil gracias por las que me dispensa: y cuento siempre con sus favores...

DON FABIAN.

Yo no hablaba de eso, porque no gusto de repetir las cosas: usted sabe que mientras tenga un pedazo de pan, le partiremos como buenos hermanos.

ESCENA VIII.

Dichos y DON LUIS.

DON LUIS.

¿Qué le ha dado á usted, para traerme con tanta prisa? ¿Qué tenemos de bueno?

DON FABIAN.

Nada de bueno; mucho, y muy malo: su hijo de usted....

DON LUIS.

¿Le ha dado algun accidente? ¿dónde está?

DON FABIAN.

Todavía peor.

DON LUIS.

Vaya, despáchese usted...... ¿Ha tenido algun lance?

DON FABIAN.

Repeor.

DON LUIS.

¿Me va usted á pegar un tabardillo, don Fabian ó don Diablo? ¿Qué ha sucedido? vamos...

DON FABIAN.

Se lo diré á usted en dos palabras: su hijo de usted es liberal, y no quiero darle á mi hija.

DON LUIS.

¡Acabara usted de reventar! ¿Y para eso me manda una embajada, me hace venir desempedrando calles, y dejar una agradable compañía, en el momento crítico de leer las noticias que ha traido el correo de esta mañana? Usted está tocado de la ca-

beza; no hay remedio..... ¡Para una friolera semejante!

DON FABIAN.

¿Con que á usted le parece una friolera?

DON LUIS.

Y grandísima.

DON FABIAN.

¡Friolera el acabarse la boda!

DON LUIS.

Como yo no iba á casarme...

DON FABIAN.

Pues en estos casos....

DON LUIS.

El chasco es para los novios.

DON FABIAN.

Me achicharra usted con esa flema.

DON LUIS.

¿Quiere usted un polvo?.... ¿No? ¿Usted, señor don Meliton?...

DON MELITON.

Por no despreciar el favor de usted.

DON FABIAN.

Pues, en verdad, que su hijo de usted ha sentido mucho mi resolucion....

DON LUIS.

La muchacha estará hecha una vinagre... ¡esto de llevar palma! ¡Ya se vé; son tan pesadas las palmas!

DON FABIAN.

Yo he estimado á usted toda mi vida, y le tenia por hombre de mas pulso... pero ya está visto: con esos proyectos de reforma, y los principiotes liberales, se le ha trastornado el cerebro.... Eso, dirá usted, que no son cuentas mias; pero, como una prueba de nuestra antigua amistad...

DON LUIS.

Gracias.

DON FABIAN.

En lo que yo debo entender, y mando, ya he tomado mi resolucion; porque veo venir el nublado... y una hija no es cosa que se deba esponer.... que al cabo, al cabo, si se vuelven las tornas, no es un grano de anís esto de tener un sambenito en la familia.

DON LUIS.

Aquí el señor don Meliton pudiera estenderle á usted una especie de profesion de fé, y en presentándose un novio para la muchacha, sondearlo á fondo, á ver si tiene lo mas mínimo de liberal.... No, el proyecto es sencillo y fácil... con cuatro preguntitas estaba acabado el negocio: « ¿ Maldice usted de la libertad de imprenta? — Sí, maldigo. ¿ No es mejor ser mandado por un bajá de tres colas, que tener Córtes y tanta barahunda?...» Así, por este estilo, una docena de preguntillas al alma.... ¿ No es verdad, don Meliton?

DON MELITON.

Usted lo dice por burla; pero yo lo creo con todo mi corazon.

DON LUIS.

¡Ya se vé; con esta maldita libertad de imprenta se descubren tantos pastelones!... Porque, así como suena, dura un enredo meses y meses, se cruzan las intriguillas, los empeños; y cuando se creia la cosa mas secreta... tras! tira el diablo de la manta, y con cuatro letras carcomidas, seis pliegos de mal papel, y un muchacho pelon que eche tinta en los moldes, se le planta una banderilla al lucero del alba. La cosa, por supuesto, que no es graciosa; y no estraño yo que pongan los gritos en el cielo.

DON FABIAN.

Acá no se venga usted con soflamas; que no nos mamamos el dedo.... Esa libertad de imprenta va

á perder á España, y ya está causando miles de escándalos....

DON MELITON.

Ya leyó usted el otro dia, como ponian de tonto á un Lector en artes...

DON FABIAN.

¡Bribonazos!

DON MELITON.

Esa libertad de imprenta es cosa de herejes; y si no se le cortan los vuelos... pero todo se remediará: si este maldito poniente dejara de soplar, ya que ha concluido usted sus asuntos, y nos pusiéramos en Cádiz en cuatro dias....

DON LUIS.

¡Buen refuerzo les espera!... Ha! ha!

DON MELITON.

Usted podrá reirse lo que guste; pero yo no dejaré de gritar contra esa diabólica libertad, mientras tenga el alma en mis carnes: ¡eso no! Primero es la conciencia que todos los respetos del mundo; aunque supiera indisponerme con mil personas, y acusar de Jansenista á media España... ¡Bonito soy yo!

DON FABIAN.

¡Bravo! bravo! Si no fuera por gentes como usted, ¿donde íbamos á parar?

DON MELITON.

Hasta que me oigan los sordos....

DON FABIAN.

Duro en ellos; y al que le escueza, que tenga paciencia...

DON MELITON.

Que reviente.

DON LUIS.

Pero, hombre, ¿y la caridad cristiana?...

DON MELITON.

¡Primero la tendria con los franceses!.... Vaya;

perdonen ustedes, que no sé lo qué me digo: en tocándome á estos puntos...

DON LUIS.

Pues, serénese usted; y mudemos de conversacion: otro polvo...

DON MELITON.

Gracias.

DON LUIS.

Pues, mudando de registro, empecé á decir á ustedes...

DON FABIAN.

Nada tiene usted que decirnos: la boda se acabó, se acabó....

DON LUIS.

¡Si no voy á hablar nada de boda, ni con mil leguas! Empecé á decir, que cuando llegó la embajada me hallaba oyendo las noticias que ha traido el correo de Cádiz....

DON FABIAN.

Estaria usted tan contento, rodeado de liberales..

DON LUIS.

Cabalmente.

DON FABIAN (*burlándose*).

¡Y gente gorda, que habria entre ellos!

DON LUIS.

¿Me dejará usted proseguir mi cuento? Las noticias no caben mejores: se va restableciendo el órden....

DON MELITON.

¿No lo decia yo? Ese desórden de los liberales no podia durar mucho tiempo: ¿han dado fin de ellos?

DON LUIS.

Por el pronto, se ha promulgado la Constitucion, sancionada por las Córtes; ha sido un dia de júbilo, de locura... El pueblo ha empezado á conocer sus verdaderos intereses, y á respetar las leyes que lo van á librar en adelante del látigo de sus opresores.

DON FABIAN.

¡El pueblo... ya va... el pueblo!

DON LUIS.

Sí, señor, el pueblo: ¿le parece á usted que es tan ciego, que no ve la verdad, cuando se la muestran? ¿O lo cree tan estúpido, que no sienta los males que ha sufrido, y que no conozca la causa de su infelicidad? Está usted muy equivocado; los que le enseñaban la linterna mágica, y lo tenian á obscuras para que no viera mas que las figurillas que le presentaban, se han llevado un gran chasco, y pueden aprender otro oficio.

DON FABIAN.

Ya no es menester aprender oficio *(con ironía estúpida)*: con la nueva Constitucion á nadie le faltará que comer.

DON LUIS.

Crea usted que no habrá tantos infelices.

DON MELITON.

¡Vaya, vaya!... No será menester ya ni sembrar los campos...

DON LUIS.

Por lo menos, habrá menos gorriones que se coman el trigo.... ¡Habia en esta España tal plaga de langosta!... ¿He dicho algo, don Meliton?

DON MELITON.

No sé.

DON LUIS.

¡Tanto zángano!!!

DON MELITON.

Yo no me meto á averiguar vidas agenas...

DON LUIS.

¡Como salta á la vista, que hay pocos que trabajen!...

DON FABIAN.

Sí, con la nueva Constitucion, vamos á vivir en la isla de Jauja.... no hay remedio. ¡Vaya! es cosa que me lleva el diablo el oir á usted y á otros men-

tecatos, que no parece sino que hasta ahora hemos vivido como brutos.... Yo, por lo que me toca, sé decir que cerré mis sesenta años, sin haber oido en mi vida ni la palabra *Constitucion;* y no me ha hecho maldita la falta: he sido un buen padre de familias, he tenido once hijos, y un malparto...

DON LUIS.

¡Hombre!

DON FABIAN.

Y un malparto de mi pobre Blasa me quitó el completar la docena... ¡Ya se acordará usted: fué poquito sonado!

DON LUIS.

No me acuerdo, á fé mia.

DON FABIAN.

¿Con que no se acuerda usted, cuando malparió mi muger por aquel susto tan gracioso? Vea usted, don Meliton, que al ir la pobre á abrir un escaparate viejo, en que guardábamos nuestros cartapacios, vió saltar á una rata, que le estaba royendo la ejecutoria!... ¡Y poquito ruidoso que fué el lance! Hasta el mala lengua del cirujano compuso unas coplillas que cantaban los muchachos por la calle, hasta que un alguacil lo tomó de su cuenta.... Decian así.... á ver si me acuerdo... así empezaban:

Sin mérito no hay nobleza:
Lo demas es papelon:
¡Pobre nobleza, si pende
De los dientes de un raton!

Y seguian las malditas coplillas por ese estilo, y cada dia cundian mas, que si no se lo digo á mi primo el familiar, las hubieran plantado de letra de molde.

DON LUIS.

Pues de nada de eso me acuerdo; estaria entonces en Madrid.

DON MELITON.

¡Ay, amigo, y qué tiempos aquellos! Aquello era vivir, y lo demas es chanza! Bonita falta nos hacian las Constituciones! Yo lo pasaba como un duque, sin acordarme de las capellanías.

DON LUIS.

Yo me consentí en ver á usted canónigo... como le veia tan introducido en casa de don Cosme...

DON MELITON.

En un tris estuvo; pero tuve la desgracia de que en los cinco años que le hice la corte, no le cogí un rato de buen humor; y diga usted, que estaba bien informado de mis méritos, porque cada dia le entregaba un papelon impreso; y por otra parte, era un buen señor, y me veia hecho un mártir, haciéndole la partida de mediator á la tia que tenia baldada; que era menester una paciencia de un santo. Yo aunque salí de Madrid, nunca he dejado de escribirle, porque soy hombre agradecido, y me daba el corazon que siempre habia de hacer figura, y tendria en él un apoyo: y aunque el buen señor, no me ha contestado nunca, porque me trata con confianza y no repara en cumplimientos, le he enviado al salir de Aragon dos cartapacios con seis memoriales cada uno, por si se estravía alguno en el correo; y ya le advertia que iba en compañía de usted, y las muchas prendas que le adornan, para que no le cogiera desprevenido nuestra llegada...

DON FABIAN.

Estimo los buenos oficios de usted.

DON LUIS.

Siempre es bueno hallar hecha la cama.

DON MELITON.

¡Hecha!... ¡Ahí es nada! De esta no escapa mi colocacion; que no siempre ha de andar uno á cargo de los amigos...

DON FABIAN.

Déjese usted de eso.... Pero, ¿qué hora será?...

DON MELITON.

Segun mi estómago, son las tres de la tarde.

DON LUIS *(sacando su reloj)*.

Hora y media va adelantado el reloj estomacal: yo tengo la una y veinte... ¿Será que ayuna usted?

DON MELITON.

Ayunar, no... lo que es ayunar... pero con tanto quebradero de cabeza, y los pasados estudios, siento siempre una debilidad á estas horas...

DON FABIAN.

Pues vamos á comer lo que haya. ¿Gusta usted acompañarnos? Lo cortés no quita á lo valiente.

DON LUIS.

Gracias por el favor de usted.

(Don Fabian y don Meliton entran en su cuarto; don Luis va despacio al suyo, y al ir acercándose á él, sale su hijo.)

ESCENA IX.

DON LUIS Y DON TEODORO.

DON TEODORO.

Padre mio!

(Cogiendo la mano á su padre, y besándola afectuosamente.)

DON LUIS.

¿Qué es esto, Teodoro? ¡Qué descompuesto el semblante! Serénate...

DON TEODORO.

Esperaba con ansia el momento de hablarle á usted, para desimpresionarle de las malas ideas que le hayan imbuido contra mí...

DON LUIS.

¡Cuidado muy propio de veinte y cinco años! ¿Con que temias me llevasen á su bando un hombre bondadoso, pero preocupado, y un taimado egois-

ta? No, hijo mio: conozco el mundo mas que tú; te conozco bien, y te amo como mereces.

DON TEODORO.

Ya sabrá usted que don Fabian me niega á Carlota, despues de habernos hecho tantas promesas...

DON LUIS.

¿Y bien?

DON TEODORO.

Carlota, sin embargo, me quiere con la misma constancia...

DON LUIS.

Es muy buena muchacha...

DON TEODORO.

Ya... pero, si su padre se obstina... y no hubiera otro remedio... aunque sea un paso violento...

DON LUIS.

¿Qué quieres decir con eso?

DON TEODORO *(con vehemencia)*.

Que si usted me ama, si aprecia la vida de su hijo, si no quiere hacerme infeliz para siempre... Sí, no se debe perder instante; se pide auxilio á la justicia, la depositan, manifiesta su libre voluntad, nos casamos...

DON LUIS.

Y haces infeliz á un padre... ¿No es eso? ¿Y perdemos un buen amigo, que lo ha sido muchos años de toda la familia; y arraigamos un odio para siempre, cuando habria otros medios suaves de componerlo todo?.. ¿Parece que te has quedado un poco suspenso? ¿No era buen plan el que me proponias?

DON TEODORO.

Mi ligereza... el mucho amor que le tengo... desesperanzado de hallar otro partido...

DON LUIS.

¿Y por qué no pones tu suerte en mis manos? ¿Nada fias en la prudencia de un padre, ni en su mucho amor?..

DON TEODORO.

¡La quiero tanto! El solo recelo de perderla basta para quitarme el juicio.

DON LUIS.

No la perderás; será tu esposa, y yo tendré en mi vejez una hija mas que me consuele.

DON TEODORO.

¡Ah padre mio! Es tan obstinado don Fabian!.. Está tan preocupado por ese hipócrita!..

DON LUIS.

¿Pues hay mas que desengañarle?

DON TEODORO.

Es imposible, imposible: no escucha la razon; el temor de faltar á la religion lo hace sordo á todas las reconvenciones; en vano tratará usted de persuadirle.

DON LUIS.

Hijo, confia siempre en persuadir con la razon á los que tienen un buen fondo de alma, y solo pecan de entendimiento: un desengaño basta para volverlos de su estravío tan de buena fé como antes erraron. Solo son incurables hombres, como don Meliton, que defienden las preocupaciones por interés y egoismo. Sin mas patria, mas religion, ni mas moral que su conveniencia propia, tienen siempre en los labios estos sagrados nombres; y aborrecen las reformas, porque se mantienen de abusos. Al contrario, los seducidos por su ignorancia y sencillez, como nuestro buen amigo, quieren siempre lo mejor, aunque tal vez se equivoquen; y en mostrándoles que sirven de instrumento á los malvados, se pasan al bando de la razon y la justicia. Hijo, ven á comer tranquilo, que todo corre de mi cuenta, y serás dichoso.

DON TEODORO.

Estas palabras de bondad me vuelven la vida.

DON LUIS.

Vamos, hijo mio.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

DON TEODORO.

¡Dormir .. ¡dormir!.. ¡estando enamorado y con pocas esperanzas! No es posible, Teodoro: ni vivirás ya tranquilo, mientras no estés seguro de llamar esposa á tu Carlota..... ¿Qué hará en este instante? Quizá ahora mismo su padre la está reprendiendo, y ella le está jurando no volver á hablarme, olvidar tanto amor... ¡Qué injusto soy! Pero, ¿cuándo no se halla inquieto un amante? ¿Qué estará haciendo?.. Si pudiera verlo... *(Acércase á la puerta, y mira por el agujero de la llave..)* Allí está... ¡y qué hermosa! parece algo pensativa... Yo me determino á llamarla: seguramente su padre y su incómodo acompañante estarán durmiendo en la alcoba inmediata... nada me detiene *(Llama quedito)*.

ESCENA II.

DON TEODORO Y DOÑA CARLOTA.

DOÑA CARLOTA *(abriendo la puerta)*.

¡Teodoro!

DON TEODORO.

Sal, amor mio, sal al instante...

DOÑA CARLOTA.

Si despierta mi padre...

DON TEODORO.

Tanta timidez se aviene mal con el mucho amor: quizá en otro tiempo no hubieras temido tanto la reprension de tu padre.

DOÑA CARLOTA *(saliendo del cuarto)*.

Está tan colérico estos dias... tan irritado contra tí...

DON TEODORO.

Y por eso su humilde hija cree que no cumple con sus deberes, si no se muestra esquiva con su infeliz amante...

DOÑA CARLOTA.

¿No me basta sufrir el ceño de mi padre? ¿Quieres tambien afligirme con injustas reconvenciones, en vez de consolarme y de sostener mis esperanzas? Me parece que siento pasos...

DON TEODORO.

No tengas cuidado: es mi padre.

ESCENA III.

Dichos y DON LUIS.

DON LUIS.

Esto es lo que á mí me gusta; ver á los jóvenes tan bien avenidos... Y luego que los padres se rompan la cabeza trazando planes; que riñan muy serios; que se opongan... ¿Muchachos y con amor? No hay mas que dejarlos.

DON TEODORO.

Hacia un momento que nos hallábamos aquí...

DON LUIS.

Ya... el calor del cuarto los ha echado á ustedes fuera... ¿No es así?

DOÑA CARLOTA.

Pues mire usted, hace un calor como si fuera una siesta de agosto...

DON LUIS.

Tambien los disgustillos lo habrán hecho mas insufrible; pero no es lo raro que ustedes no hayan dormido; que al cabo son las partes interesadas, se quieren mucho y están en todo el fuego de la pasion y de la juventud. Pero yo, pobre de mí, que me acosté para sosegar un rato, y no he podido descansar ni un instante, acordándome de dos tristes enamorados... Y diga usted, que ya debia habérseme olvidado lo que son estos cuidadillos de amor; pero nada de eso: yo parecia el novio, cavilando y dando vueltas; proyecto por acá, proyecto por allá..... y todo ¿para qué? bien, que no es una friolera hacer dichosos á dos amantes, y desengañar á un hombre de bien alucinado.

DON TEODORO.

¿Podremos esperar?

DON LUIS.

Y muy pronto.

DOÑA CARLOTA.

En usted tengo otro padre: ¿me querrá usted como á hija?

DON LUIS.

Sí, Carlota mia; viviréis felices, y haréis menos penoso el último resto de mi vida. Tu buen padre gozará tambien esta fortuna...

DOÑA CARLOTA.

¡Ay señor!

DON LUIS.

No hay porqué suspirar, un desengaño bastará para volverlo á la razon, y yo me encargo de la empresa. Me parece, señores enamorados, que hago bien el papel de confidente, por ustedes no duermo, por ustedes salgo con todo el peso del sol...

DON TEODORO.

¿A qué va usted, padre mio?

DON LUIS.

Esa es mucha curiosidad ; un poquito de paciencia, y confianza en mí. Pero ante todo, ¿cuál será el premio de todos mis afanes?

DOÑA CARLOTA.

Gratitud y amor por toda la vida.

DON LUIS.

Y me basta : nada mas apetezco.

DON TEODORO.

¿Pero podremos saber ?..

DON LUIS.

Ustedes podrán detenerme; pero quizá se malogre todo.

DON TEODORO *(con suma viveza)*.

Vaya usted con Dios, padre mio.

DON LUIS.

¡Qué prisa te das para despedirme !..

DON TEODORO.

Yo porque tarde usted menos, y vuelva antes.....

DON LUIS.

Ya te entiendo : á Dios, hijos. Cuidado no sorprenda el señor don Fabian á los pobres novios, eche su reprension á la niña, y descargue una nube de piedra sobre el liberal enamorado.

ESCENA IV.

DON TEODORO Y DOÑA CARLOTA.

DOÑA CARLOTA.

¡Cuánta bondad!

DON TEODORO.

Tengo en mi padre al mejor de mis amigos ¿quién no sacrificaria hasta la vida por un padre semejante? Si alguna vez mi ligereza y mis pocos años me estravian, lejos de reprenderme con aspereza, ni de castigarme con el rigor de un tirano; me desen-

gaña, me muestra la razon, me obliga á avergonzarme yo mismo de mis defectos, y á corregirme por mi propio interés. ¡Ah! ¡qué pocos hijos habria malos ni desgraciados, si fueran todos los padres tan prudentes!

DOÑA CARLOTA.

El mio es sumamente bondadoso, y me ama en estremo: ya sabes cuan feliz era en su compañía, admirando siempre su corazon compasivo. Nunca le ví irritado; nunca dejó de darme cuantos gustos apetecia; y por último, me concedió el que mas anhelaba mi corazon, que era ser tu esposa... Solo este egoista pudiera haber mudado su carácter, hasta el punto de hacer que mire con desconfianza á una porcion de gentes; que se haya entibiado la amistad que profesaba á tu padre, y que se oponga á nuestra union apetecida.

DON TEODORO.

Constancia, Carlota; que mi corazon leal me está anunciando que van á cesar nuestros disgustos.

DOÑA CARLOTA.

El mio, por el contrario, se halla cada vez mas inquieto; quizá estás tú mas tranquilo, porque me amas menos.

DON TEODORO.

¿Volvemos á los zelillos?

DOÑA CARLOTA.

Cuando se desea con ansia una cosa, parece imposible que se ha de llegar á conseguirla.

DON TEODORO.

Tengo tanta confianza en mi padre!

DOÑA CARLOTA.

En nadie debe confiar un amante...

DON TEODORO.

¿Ni en su querida?

DOÑA CARLOTA.

Ni en su querida, cuando no le tenga el amor que yo á tí.

DON TEODORO.

Todas dicen lo mismo...

DOÑA CARLOTA.

Pero no dan tantas pruebas...

DON TEODORO.

¿ Has oido ?

DOÑA CARLOTA.

Sí : se han levantado ; véte, por Dios... Si nos encuentran juntos...

DON TEODORO.

A Dios , no me olvides...

DOÑA CARLOTA.

Es inútil tu encargo : véte...

DON TEODORO.

No me olvides ni un instante...

DOÑA CARLOTA.

Que van á salir...

DON TEODORO (*Vase prontamente á su cuarto*).

A Dios, vida mia.

DOÑA CARLOTA.

Me parece que me lo han de conocer en la cara.

ESCENA V.

DOÑA CARLOTA, DON FABIAN Y DON MELITON.

DON FABIAN.

¿Qué hacias aquí , Carlota ?

DOÑA CARLOTA.

Oí un gran ruido de campanillas, como de coche de colleras, y salí por ver lo que era... la curiosidad..

DON FABIAN.

Por curiosear se han perdido mas de cuatro niñas.

DOÑA CARLOTA.

Pues bien no volveré á asomarme, aunque se hunda la posada.

DON FABIAN.

Con que oigas la llave del cuarto inmediato, no podrás contenerte. No hay que poner la cabeza de novicia, ni hacerte la mojigata: ¿te parece que no conozco lo enamorada que estás de Teodoro?

DOÑA CARLOTA.

Nunca le hubiera dado entrada en mi corazon, si usted no hubiera consentido, y aun aplaudido nuestros amores; si habiendo encontrado en él las mejores prendas, y arraigado nuestro cariño con el continuo trato, quiere usted que le olvide, exige de mí que sea veleidosa é inconstante; si me manda que finja indiferencia, cuando estoy mas enamorada, me precisa á ser hipócrita y embustera.

DON FABIAN.

¡Bravo, señora doctora! ¡Habrá usted quedado tan hueca con su parrafito de filosofía! No se ha perdido el tiempo al lado del señor liberal... Esto es lo que yo digo, señor don Meliton; hasta á las mugeres ha llegado el contagio de estos malditos tiempos: con cuatro novelas y versillos ya las tiene usted hechas unas bachilleras, charlando como cotorras, y mandando billetes á sus queridos, que merecen ponerse de estampilla... ¡Ay amigo! ¡Qué tiempos los antiguos! Ninguna escribia dos renglones á su novio, aunque la mataran; porque sus padres habian tenido buen cuidadito de que no supieran tomar la pluma en la mano, ni conocieran el A B C. ¡Pero ahora, ahora!.. Ya ha oido usted el párrafo liberal, que me ha espetado esta mocosa, que

si hubiera nacido en otra época, estaria haciendo un dechado en la amiga.

DON MELITON.

No tiene usted por que enfadarse: esta señorita es muy dócil, y no hará mas que lo que usted le mande. No estraño yo que Carlotita no conozca los poderosos motivos que obligan á su padre á separarla de ese jóven, preciado de sabio. Las ideas liberales tienen un aparente brillo, que oculta el veneno, y las hace agradables á los incautos, estendiendo su seduccion hasta al bello sexo. Pero los que, por nuestra edad y vastos conocimientos, sabemos quitarles su postizo oropel, y descubrir lo pernicioso de esas doctrinas, que solo contribuyen á favorecer la carne y la sangre, y á convertir en república hasta el imperio del gran Mogol; debemos desengañar á los seducidos, y aconsejar á los padres...

DON FABIAN.

Yo doy á usted mil gracias por sus buenos consejos; que si no ha sido por ellos, me dejo llevar de mi bobería, doy mi hija á ese atolondrado liberal, y al cabo de una docena de años me encuentro la casa llena de nietezuelos liberalitos, capaces de revolver un mundo. ¡Bonita la hubiéramos hecho! Tú tambien, Carlotita, debes dar las gracias á nuestro sabio amigo, y tener presente lo que acaba de decir magistralmente sobre los malos efectos de las ideas liberales. ¿Lo has entendido bien?

DOÑA CARLOTA.

Yo?...

DON FABIAN.

Yo? Si señora, usted; que siempre me estás quebrando la cabeza, hablando por los codos; y cuando es menester, te estás callada como una muerta.

DOÑA CARLOTA.

Pero, si yo no entiendo nada de carne ni de sangre, ni de oropeles, ni venenos, ni de ninguna de

esas cosas liberales... Yo queria á Teodoro, porque me gustaba, y le hallaba muy comedido en su conversacion, y me parecia muy hombre de bien, y me decia que me queria tanto, y que seríamos tan felices...

DON FABIAN.

Otra y, otra y, con dos mil diablos!

DOÑA CARLOTA.

Si usted se enfada, mentiré.

DON FABIAN.

No quiero que mienta usted; sino que sea obediente, como Dios manda.

DON MELITON.

Me parece que estaríamos mas cómodos, sacando unas sillas...

DON FABIAN.

Dice usted bien; que en el tal cuartito estamos ahogados; y aquí respiraremos mas libremente. Pero, no se incomode usted *(Va don Meliton por las sillas)*. Ya sabes lo mucho que te quiero *(A Carlota)*; y que toda mi vida no he trabajado sino para hacerte feliz. Si quieres darme gusto, y mostrarme tu cariño, trata con el mayor respeto al señor don Meliton, y escúchalo como á un oráculo. ¿Estás?... y no, que con ese silencio, esa cabeza baja y la carita avinagrada, me estás quemando la sangre. ¡El diantre de estas muchachas, parece que están tambien de revolucion!

DOÑA CARLOTA.

Si no me ocurre nada que decir...

DON FABIAN.

Valias un Potosí, para entrar en Cartuja!

DOÑA CARLOTA.

Bien; me esforzaré...

DON FABIAN.

Cuidadito conmigo, que no soy todo miel; y si llego á enfadarme, habrá fiesta de toros *(Saca don*

Meliton tres sillas). Ahora pegaba bien (*A don Meliton en voz baja*) un sermoncito, que la tengo mas blanda que un guante, y podemos convertirla de un todo.

DON MELITON (*tambien en voz baja*).

Descuide usted.

DON FABIAN. (*Siéntanse todos.*)

Lo que hemos hablado muchas veces: las niñas no quieren creer que sus padres desean lo mejor para ellas, y saben lo que les conviene; nada de eso: llega un jovencito almidonado, les hace cuatro señajos, dice cuatro secretillos, su suspiro al canto, y si es menester, una lagrimita, y ya tenemos á las muchachas rabiando por casorio. Se ha puesto el mundo de manera, que es menester morirse.

DON MELITON.

No es eso lo peor: sino que creo que hasta las mugeres se van volviendo liberales.

DON FABIAN.

Pródigas, debia usted decir.

DON MELITON.

Y si las mugeres se ponen del bando contrario, no hay remedio; triunfan los liberales, y quedamos frescos.

DON FABIAN.

Por eso urge mas el desengaño; y no dormirnos sobre las pajas.

DON MELITON.

Ya tengo preparada una disertacion con notas en latin, en que pruebo *usque ad evidentiam*, que todos los liberales huelen á azufre; y que la muger que se casa con uno de ellos, aunque tenga un pilon de agua bendita junto á la cama, está espuesta á que una noche se la lleven las brujas.

DOÑA CARLOTA.

Las brujas... Ha, ha! ¿Está usted en su juicio? Eso se dice para asustar muchachos.

DON MELITON.

Se conoce, señorita, que no las ha visto usted, como una tia mia, que murió de noventa y seis años: mil veces se lo oí contar; y que si no hubiera sido porque les descubrieron el nido, y quemaron á seis docenas, hubieran llovido brujas como mosquitos.

DOÑA CARLOTA.

Todo eso será verdad; pero yo no lo creo.

DON FABIAN.

Calla, niña; que nosotros no tenemos talento para meternos en tantas honduras; y cuando el señor don Meliton lo dice...

DON MELITON.

¡Toma, si lo digo! Y lo voy á imprimir en llegando á Cádiz, con cada letra como un panecillo. ¡Y que vengan los liberales á disputárselas conmigo! que á la primera rociada que lleven, no les he de dejar hueso sano.

DON FABIAN.

Mucha falta hace usted por allá; es menester atacarlos de firme.

DON MELITON.

Capaz soy, segun me siento inflamado, de confundirlos á desvergüenzas.

DON FABIAN.

Metralla en ellos; y no darles cuartel, hasta que pidan perdon.

DON MELITON.

Perdon!... ya voy: hasta verlos fritos.—Por eso me alegro, señorita, de la prudente determinacion de su padre de usted, que le ha libertado de verse mañana en un apuro. Teodoro parece buen muchacho; que al cabo, yo no soy amigo de hablar mal, ni de quitar la estimacion al prójimo. Pero no es todo oro lo que reluce; esos principios á la moderna van corrompiendo insensiblemente el corazon;

y podia usted, cuando menos pensase, encontrarse gato por liebre.

DON FABIAN.

Eso mismo es lo que yo digo. ¿Me darás gusto en todo? Vaya, no hay para que afligirse; tú tienes juicio, y no me darás que sentir. Pero, el plomo de Juan tarda mucho en traer las cartas: ¿en qué se habrá detenido?

DOÑA CARLOTA.

¿Lo ha mandado usted por ellas?

DON FABIAN.

En cuanto acabamos de comer.

DON MELITON.

Pues, si lo acabo yo de ver tendido en el banco de adentro, roncando á pierna suelta!

DON FABIAN.

No hay que encargarle nada; hasta que duerme los dos cuartillos de tinto, es hombre perdido (*Levántase y se acerca á la puerta*). Juan! Juan! ¿No te has de levantar hasta mañana?

ESCENA VI.

Dichos y JUAN.

JUAN.

Me habia quedado un poco vencido del sueño, con el humillo de la comida...

DON FABIAN.

Con el humazo de las botellas. Al fin, ¿no has hecho lo que te mandé? Y yo, esperando las cartas con mucha paciencia. Esto es lo que sucede en teniendo criados antiguos, y que toman mucha confianza. Lo mando por las cartas, no va; lo envio esta mañana á llamar á don Luis, y se está por esas

calles hasta las tantas, sin acordarse de comida, ni de nada del mundo.

JUAN.

Vaya, señor; que no parece sino que me entretuve en la taberna ó en alguna cosa mala! Vea, usted, señor don Meliton, que me arrimé al corro de noticias en que estaba don Luis; que al cabo, á todos nos interesa saber si se matan franceses; y allí se me pasó la hora, oyendo cosas buenas. Decian aquellos señores, que las Córtes habian mandado que á nadie se ahorcase, porque todos somos hijos de Dios, y de carne y hueso, y por ser pobres no nos habian de colgar como á perros; y que á ningun infeliz lo pudrieran en la cárcel por frioleras; ni lo descoyuntasen en el potro como hacian antiguamente; y que en adelante, los reyes no harán en España, sino lo que sea justo y regular, conforme Dios manda...

DON FABIAN.

¿Acabarás esta tarde? ¿Qué entiendes tú de esas cosas, majadero?

JUAN.

¿Y eso qué tiene que entender? Lo bueno se está cayendo de su peso; y lo que á uno le tiene cuenta, no necesita muchas retóricas para entenderlo.

DON FABIAN.

Anda, vé por las cartas, y vente al instante.

JUAN (*yéndose*).

Si oigo hablar de las Córtes, no vuelvo en dos horas.

ESCENA VII.

DICHOS, MENOS JUAN.

DON MELITON.

Esto es lo que tienen las ideas liberales: las gentes simples, que no ven las cosas sino por el forro, creen que es lo mejor del mundo lo que á ellas les acomoda. El pueblo es el mismo en todas partes; y sino se le ata corto, se quiere subir á las barbas.

DON FABIAN.

Ese es el fruto de las filosofías, de las Constituciones, y de toda esa barahunda: y en el mundo siempre ha habido pobres y ricos; y ni los dedos de la mano son iguales; y allá van leyes dó quieren reyes...

DON MELITON.

No señor, que ya los modernos quieren señalarles hasta lo que deben gastar, que no parece sino que son niños de escuela y necesitan tutores.

DON FABIAN.

¡Herejías como las que se oyen en esos tiempos!

DON MELITON.

Pues no lo quiere creer la gente; y se burla de los que lo decimos. Porque dije yo el otro dia en la plaza que el rey es señor de vidas y haciendas, por poco me silban: ahora lo que está de moda, es la señora ley: todos deben ser juzgados conforme á la ley: los reyes deben gobernar arreglados á la ley... ¡Malditas sean las leyes, amen!

DON FABIAN.

Otro, por si falta, amen... Pero, ¿á qué volverá el postema de Juan, sin ir á lo que le he enviado? Juan de dos mil santos, ¿no vas al correo?

ESCENA VIII.

Dichos y JUAN.

JUAN.

Si el cartero ha traido las cartas; para usted no hay mas que esta, que me la ha dado al salir la moza de la posada.

DON FABIAN (*toma la carta y arroja el sobre*).

Si hubieras ido por ellas hace dos horas...

JUAN.

No hubiera ganado un par de cuartos el pobre cartero (*Vase*).

DON FABIAN.

Pues no conozco la letra: veamos lo que dice (*Saca los anteojos y lee*).

« Cádiz 31 de marzo de 1812.

Señor don Fabian... y tal.

Muy señor mio: aunque no tengo el honor de haber conocido á usted, lo que me seria de mucha satisfaccion, por las noticias que me ha dado mi íntimo y sabio amigo don Meliton... »

DON MELITON (*se levanta, y se arrima á leer*).

Qué dice de mí? Será algo bueno; lea usted, lea usted...

DON FABIAN (*lee*).

« Amigo don Meliton, que me escribió venia en compañía de usted á esta ciudad, y que recomendaba sus pretensiones...

DON MELITON (*arrebatándole la carta*).

Está usted ya muy torpe para leer; yo la leeré mas aprisa. ¡Ay, Dios mio! ¡Del señor don Cosme! Qué bueno era aquel caballero! (*lee*) « sus pretensiones, lo he hecho con tal eficacia, conociendo su mucho mérito, que á pesar de lo revuelto de todo,

se han servido nombrarle...» *(Al llegar á estas palabras, pasa la vista por lo restante de la carta, y empieza á pasearse enagenado por el teatro, gritando:)* ¡Ay, Dios mio!... Sesenta mil de pico!... Y con escelencia!... Escelentísimo señor!

DON FABIAN.

Señor don Meliton, ¿qué le ha dado á usted? ¿Ha perdido el juicio?

DON MELITON.

No me detengo en nada, aunque no haga viento; ¡por vida del poniente!.. Me voy á Cádiz corriendo... quiero cumplir con mi obligacion..... Mis sesenta mil!.. mis sesenta mil!..

DON FABIAN.

Acabe usted de sacarme de cuidado... ¿qué dice la carta?

DON MELITON.

Ya las cosas se van arreglando, y se echa mano de los hombres de mérito... Voy á ver la veleta: quizá ha empezado ya el levante; y yo entonces no me detengo por usted, ni por nadie.

DON FABIAN *(deteniéndole)*.

¿Quiere usted decirme lo que es?

DOÑA CARLOTA.

Parece que al señor don Meliton le ha picado la tarántula...

DON MELITON.

Sesenta mil tarántulas son las que me han picado. — Vaya, oiga usted (*Lee.*) «Conociendo su mucho mérito, que á pesar de lo revuelto de todo, se han servido nombrarle individuo del tribunal supremo protector de la libertad de imprenta, con tratamiento de escelencia, y sesenta mil reales de sueldo, por lo apurado de las circunstancias. Lo cual me ha servido de mucho contento, por haber yo dado todos los pasos; y sabiendo por dicho señor que quizá se detendrian ustedes en Alicante,

para evacuar asuntos propios, me he tomado la libertad de dirigir á usted esas cuatro letras, deseoso de que llegue cuanto antes la agradable noticia al señor don Meliton, á quien no las dirijo, por ser usted persona mas conocida en todo levante, y con menos peligro de que se estravíe la carta. Con este motivo, me ofrezco á la disposicion de usted, deseoso de que apresuren su viaje etc. —Cosme Zugarramurdi. »

DON FABIAN.

¿Y quién es ese caballero tan revesado?

DON MELITON.

¡Con qué no oyó usted á don Luis los favores que recibia yo en Madrid de ese caballero! ¡que hacia entonces y está haciendo ahora un gran papel!

DON FABIAN.

Pues aunque haga mas papel que siete batanes, le digo á usted que es un solemne tonto.

DON MELITON.

¿Tonto?...

DON FABIAN.

Tonto, ó quizá un grandísimo pícaro. ¡Haber pretendido para usted un destino como ese! ¿Qué concepto le merece usted, que lo quiere ver de protector de la libertad de imprenta?... ¡La carta de desvergüenzas que le habia yo de enviar!

DON MELITON.

¿Está usted en su juicio?

DON FABIAN.

¡Cómo si fuera usted algun liberalillo de tres al cuarto; sin hacerse cargo de que la mucha prudencia y sabiduría que adornan á usted le hacen aborrecer esa diabólica libertad de imprenta, y cuanto huela á moderno con cien leguas...

DON MELITON.

¡Sesenta mil reales!

DON FABIAN.

Creeria el muy bobo que iba usted á caer en ese anzuelo... mal conoce la probidad de usted...

DON MELITON.

De forma es, y de manera... si el viento mudara... En pocos dias llegaba á ver á ese señor...

DON FABIAN.

Para hartarlo de desvergüenzas...

DON MELITON.

Para darle mil millones de gracias.

ESCENA IX.

Dichos y DON LUIS.

DON LUIS.

Buenas tardes, señores.

DON MELITON.

Déme usted un abrazo, que en estos casos todos los disgustillos se acaban, y pelillos á la mar.

DON LUIS.

Pero ¿qué hay de bueno?

DON MELITON.

¡Ahí es una friolera! No sabe usted con el hombre que está hablando: lea usted, lea usted *(Dale la carta, y don Luis la lee en silencio).*

DON FABIAN.

Estoy aturdido sin entender á usted, ni saber lo que le pasa...

DON MELITON.

Pues es muy sencillo; que estoy loco de contento... Carlotita, á usted le apeará el tratamiento, que no quiero engreirme: nosotros, señor don Fabian, siempre amigos.

DON FABIAN.

¿Con qué usted va á tomar el empleo?

DON MELITON.

A dos manos ¡ Pues... no, que seria uno tonto á los cuarenta años !

DON LUIS (*devolviéndole la carta.*)

No me atrevo á darle á usted la enhorabuena, porque creo que es insultarle : el destino es asombroso para hombres que piensan como yo, y ven en la libertad de imprenta el principal apoyo de toda justa libertad. Pero las opiniones son libres ; y una vez que usted la juzga perniciosa y casi herética, no habrá dudado sobre el partido que debe tomar...

DON MELITON.

¡ Yo dudar !... Nada de eso.

DON LUIS.

Con una simple renuncia del empleo cumple usted con su conciencia, y no se mezcla en cosas que cree opuestas á la hombría de bien....

DON MELITON.

La verdad, señor don Luis, yo esta mañana me acaloré un poco hablando de esa libertad, y quizá se me deslizara de la lengua algun disparate : cuando la legítima autoridad dice que es buena, y la permite en España, sus razones tendrá, y no será tan mala como yo creia...

DON LUIS.

¡Declamaba usted tanto contra ella!

DON MELITON.

Todo es bueno y malo en este mundo, segun la clase de hombres que anda en ello : si pusieran á proteger esa libertad á cuatro liberales sin seso, seria la ruina de España ; pero habiendo nombrado hombres de pulso, pongo la comparacion (aunque parezca mal que yo lo diga), no hay que temer. Ademas, yo no tengo que meterme á averiguar si es buena ó mala esa libertad : yo debo obedecer á las legítimas potestades, como me manda la ley de Dios ; y ya que me han dado ese empleo, sacrificar-

me por la patria, y trabajar por ella hasta el fin de mi vida.

DON LUIS.

Habla usted con mucha prudencia.

DON MELITON.

Ya, lo de menos era renunciar el empleo, que todos los destinos no traen mas que desazones; pero si renunciara, dirian las malas lenguas que era por estarme ocioso, y hecho un holgazan como hasta ahora. Y por cierto, que no ha sido culpa mia; que yo he puesto todos los medios para trabajar, aunque hubiera sido en una canongía; pero no ha querido la suerte que hasta ahora haya sido útil al Estado... en fin, mas vale tarde que nunca.

DON LUIS.

Me parece, don Fabian, que está usted cabizbajo y pensativo, sin tomar parte en la patriótica alegría de este caballero... ¿Qué tiene usted?

DON FABIAN.

Nada.

DON MELITON.

Ciertamente es estraño; pero no tenga usted cuidado, que en llegando allá, tambien se çalzará usted su gran empleo.

DON FABIAN.

Yo no quiero nada, nada.

DON LUIS.

Me parece que el señor don Meliton va desertando del partido de ustedes; y al fin se ha de pasar al bando de los liberales.

DON MELITON.

Yo siempre soy del que manda, como buen vasallo.

DON FABIAN.

En verdad que no era usted tan obediente hace algunas horas. Mientras mas amigos mas claros: le confieso á usted que me he llevado un gran chasco:

yo creí que usted aborrecia esas reformas y proyectos liberales, porque los creia contrarios á su conciencia: y ahora veo, que con la golosina del destino, le faltan á usted dos dedos no mas para hacer la apología de la libertad de imprenta.

DON LUIS.

¡ Conozca usted lo que puede un empleo!

DON FABIAN.

Para los hombres de bien no puede nada, si comprometen en ello las opiniones que han manifestado, y aprecian mas su buen concepto que el bajo interés. La verdad, repito á usted, don Meliton, que me he llevado un gran chasco, y que creia á usted mas consecuente.

DON MELITON.

Yo hago lo que me acomoda, y no tengo que dar cuenta á nadie: sírvale á usted de gobierno.

DON FABIAN.

Parece que va usted alzando el gallo, y no ha diez minutos parecia una ovejita. Pues yo para nada le necesito, que no pienso imprimir sino es alguna papeleta de convite ó de entierro.

DON MELITON.

Yo soy hombre agradecido; pero no me dejo pisar de nadie.

DON LUIS.

Usted es un grandísimo hipócrita, que ha tenido engañado á mi bondadoso amigo, que ahora empieza á conocerlo. Vea usted, don Fabian, por qué especie de hombre iba á romper nuestra antigua amistad, y hacer infelices á dos pobres muchachos. Pero aun es tiempo de remediarlo todo.

DON MELITON.

A mí nada me importa; que ya, gracias á Dios, no tengo que estar á cara de nadie, y lo pasaré como un príncipe, en tomando posesion de mi empleo.

DON LUIS.

Vaya usted á que estienda el título el mancebo de la botica inmediata.

DON MELITON.

¿Qué mancebo?

DON LUIS.

El mismo que le ha enviado la buena noticia.

DON MELITON.

Hombre... ¿qué dice usted?... Acabe usted de esplicarse...

DON LUIS *(con admiracion y frialdad)*.

¿Con que usted habia creido lo del empleo?

DON MELITON.

Pues ¿no está aquí la carta?...

DON LUIS.

Por señas que yo la he notado, valiéndome de lo que dijo usted esta mañana, y el mancebo de la botica me hizo el favor de escribirla, haciéndolo tan á mi gusto, que le regalé medio duro. Y le debe usted estar muy agradecido, que yo no le señalaba mas que treinta mil reales de sueldo, y el muchacho fué tan rumboso que le dobló la tara.

DON MELITON.

Usted... se chancea...

DON LUIS.

Ahí cerca está el mancebo que no me dejará mentir; y la moza de la posada á quien entregué la carta y una peseta para alfileres, con encargo de que dijese á Juan que la habia traido el cartero.

DON MELITON *(recogiendo el sobre de la carta)*.

Don Fabian ó don Macho, ¿no vió usted que el sobre no traia ningun sello?

DON FABIAN.

Si usted no lo vió y le interesaba, ¿me habia yo de parar en esas menudencias?

DON MELITON.

Yo... como habia escrito á don Cosme... y no conocia su letra... y el correo habia llegado esta maña-

na... Pero, de todos modos, señor don Luis, esto no se hace con ningun hombre blanco; y puede usted ir con sus chanzas pesadas á quien se las sufra: si no mirara que no quiero perderme. ¡Por vida de!..

ESCENA X.

Dichos y DON TEODORO.

DON TEODORO.

¿Qué voces son estas?

DON LUIS.

Nada de cuidado; aquí el señor don Meliton que está á punto de desafiarme...

DON TEODORO.

Deje usted que yo lo tranquilice...

DON LUIS.

Juicio, Teodoro; cuando los amantes están delante de sus queridas, no deben tratar mas que de enamorarlas: ahí tienes á tu Carlota; dile algunas ternezas, que el señor don Fabian no está ahora para reparar en pelillos.

DON FABIAN.

Déjeme usted; que la burla ha sido tambien para mí.

DON LUIS.

La burla ha sido para el taimado egoista, que la ha merecido; para usted no es mas que el desengaño.

DON FABIAN.

Un poco picante...

DON LUIS.

Pero muy provechoso. Ahora empezará usted á conocer á muchos de los que tratan de estraviar al pueblo, inquietando á las gentes sencillas, y pintándoles como nocivas al Estado y contrarias á la

religion las mas saludables reformas; solo porque se oponen á su propio interés.

DON FABIAN.

Le juro á usted no llevarme otro chasco en mi vida.

DON MELITON.

Creo, señor don Fabian, que esta broma que yo he procurado seguir, fingiendo lo mejor posible, no entibiará nuestra amistad...

DON FABIAN.

¿Quiere usted insultarme, despues de haberme espuesto á la risa de todos, y á que hiciera infeliz á mi hija? Vaya usted con Dios, y no abuse de mi paciencia: que la culpa me tengo yo, por haber dado oidos á un hipócrita tan perjudicial.

DON MELITON.

¿Ello es que no hay remedio?

DON FABIAN.

Ni soñarlo.

DON MELITON.

Pues mire usted: ahora mismo voy á dar cuenta á la justicia, de que don Luis es un falseador de cartas, y voy á perder á todos ustedes..... ¡Burlarse de mí! y si no tengo nada de que acusarlos, los delato á todos por fracmasones.

ESCENA XI.

DICHOS, MENOS DON MELITON.

DON TEODORO.

Déjenme ustedes, que yo le haré ir mas de prisa...

DON LUIS.

Estáte quieto; que harto trabajo tienen esas gentes con ser conocidas. La lástima es, que no siempre hay cartas y empleos fingidos, ni todos son tan

dóciles para recibir un desengaño, como lo ha sido nuestro honrado amigo.

DON FABIAN.

Y desengaño que nunca olvidaré.

DON LUIS.

¿ De veras ?

DON FABIAN.

Voy á darle á usted una prueba de mi conversion : Teodoro, abraza á tu Carlota.

DON TEODORO (*abrazándola*).

¿ Ves, como han cesado nuestros males ?

DOÑA CARLOTA.

¡ Qué placer tan inesperado!

ESCENA XII.

Dichos y JUAN.

JUAN.

Nada mas tengo que saber : señorita, cuidado con mi regalo de boda.

DOÑA CARLOTA.

Sí, Juan ; y será tan cumplido, como lo es ahora el contento de mi corazon.

DON FABIAN.

¿ Y para mí no hay abrazo, Teodoro ?

DON TEODORO (*acercándose*).

Con toda mi alma.

DON LUIS.

No se acerque usted, don Fabian ; mire usted que el muchacho es liberal, y huele á chamusquina.

DON FABIAN.

No me avergüence usted, ni me recuerde nunca mi anterior necedad.

DOÑA CARLOTA (*A don Luis*).

Ya llegó el feliz instante de que me llame usted *hija mia*.

DON LUIS.

Y con mil amores. — Pero ahora vamos á dar un paseo antes que anochezca; los muchachos irán hablando de su boda, como es natural; y nosotros, aunque no conocemos mucha gente en este pueblo, iremos notando en los que pasen algunos don Melitones.

DON FABIAN.

Creo que no faltarán.

DON LUIS.

Usted ya los ha conocido; ¡ ojalá á todos les suceda otro tanto !



COMEDIAS REPRESENTADAS EN TIEMPO DE LA RITA LUNA Y DE MAIQUEZ EN TAMAÑO DE 8.º

Abate l' Epeé.
Acelina.
Adolfo y Clara ó los dos presos.
Agamenon (tragedia).
Ali-Bek.
Amantes generosos.
Amor y la intriga.
Avaro (el).
Bella labradora.
Califa de Bagdad (ópera).
Cecilia y Dorsan.
Chismoso (el).
Clementeina y Desormes.
Conde de Olbach.
Duque de Viseo.
Fulgencia ó los maniáticos.
Gombela y Suni-Ada.
Muger celosa.
Opresor de su familia.
Pablo y Virginia.
Padre de familia.
Presos ó el parecido (ópera).
Prueba caprichosa.
Reconciliacion ó los dos hermanos.
Solleron y su criada,
Virtud en la indigencia.
Un loco hace ciento.

SIGUEN LAS COMEDIAS EN 8.º

Amor por el tejado ó la Marcela.
Andaluza en el laberinto.
Atahualpa (tragedia).
Blanca y Montcasin (id).
Bosque peligroso.
Bruto ó Roma libre (tragedia.)
Cabeza de bronce.
Cadma y Signoris.
Calavera (el).
Caliche.
Camila (tragedia)
Casamiento por fuerza.
Castillos en el aire.
Citas (las).
Citas debajo del olmo.
Cocinero (el) y el secretario.
Condesa de Castilla.
Conjuracion de Venecia.
Contrato anulado.
Coquetismo y presuncion.
Costumbre de antaño.
Cuantas veo tantas quiero.
Deber y la naturaleza.
D. Dieguito.
D. Pedro de Portugal (tragedia).
D. Sancho García de Castilla.
Doña Maria Pacheco.
Dorotea (la).
Dos épocas.
Dos preceptores.
Dos sargentos franceses.
Edipo (tragedia).
Eduardo y Federica.
Efectos de un mal ejemplo.
Elvira portuguesa.
Enamoradizo (el).
Escuela de la amistad.
Escuela de los jueces.
Español y la francesa.
Guzman (tragedia).
Hipócrita.
Hipócrita pancista.
Hombre de la Selva negra.
Huérfana de Bruselas.
Huerfanita,
Imperio de las costumbres.
Indulgencia para todos.
Ir contra el viento.
Jóven de sesenta años.
Jugador.

Lo que son mugeres.
Lo que puede un empleo.
Lugareña orgullosa.
Marica la del puchero.
Marido de dos mugeres.
Mentira contra mentira.
Mi retrato y el de mi compadre.
Misantropía y arrepentimiento.
Morayma (tragedia).
Muerte de Abel (id).
Muger por fuerza.
Muger varonil.
Novia tapada.
Numa (tragedia).
Numancia destruida (id).
Opera cómica.
Oscar, hijo de Osiam (tragedia).
Pancho y mendrugo.
Pelayo (tragedia).
Polixena.
Rábula (tragedia).
Raquel (id).
Rey Eduardo.
Sancho Ortiz de las Roelas.
Sofonisba (tragedia).
Tal para cual.
Tonta (la) ó ridículo novio.
Treinta años ó vida del jugador.
Vergonzoso en Palacio.
Viajante desconocido.
Vieja y las calaveras, ó la posada.
Virginia.
Viuda de Padilla.
Una noche de novios.
Una travesura (ópera).
Zenobia y Radamisto.

MUSEO DRAMATICO.

Actriz, militar y beata.
Amante misterioso.
Arturo ó los remordimientos.
Al pie de la letra.
Caer en el garlito.
Caer en sus propias redes.
Celos.
Ciego.
Cuentas del zapatero.
Cartas del Conde-Duque.
De una afrenta dos venganzas.
Dos muertos y ninguno difunto.
Duque de Altamura.
En paz y jugando.
Es un niño.
Enrique de Trastamara.
Espectro de Hiver-sein.
Favorita (la).
Gaceta de los Tribunales.
Galan invisible.
Halifax ó pícaro y honrado.
Hija de Cromwel.
Hijo do Cromwel.
Hijo del emigrado.
Idiota.
Ingeniero ó la deuda del honor.
Madre y el niño siguen bien.
Marido desleal.
Novicio.
Opera y el Sermon.
Otra noche toledana.
Penitencia en el pecado.
Por no escribirle las señas.
Posada de la madona.
Quien será su padre.
Ricardo el negociante.
Robo de Elena.
Secreto de una madre.
Tio Pablo ó la Educacion.
Trapisondas por bondad.
Tercera dama duende.
Un amante aborrecido.
Ultimo de la raza.
Un mal padre.
Un casamiento provisional.
Un quinto y un párvulo.
Un rival.
Un soldado de Napoleon.